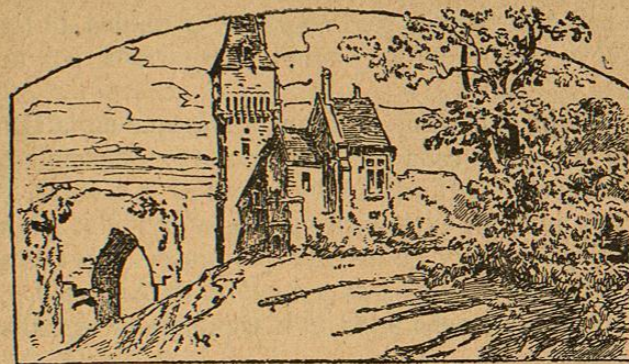
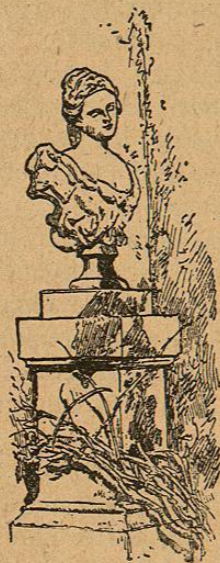


Este matrimonio de la tierra y el hombre que la cultivaba fué el capital de la Revolución. Las historias, diarios y memorias no dicen casi nada de ello. Y este hecho era el todo.

Danton lo dijo, pero tímidamente: «*Antes había tocado la tierra,*» y sacaba fuerzas de ella.—*Tocar*, es decir muy poco. Había entrado en ella con alma y corazón, y eran una misma persona. La identidad del hombre y la tierra, aquel misterio terrible, al realizarse en Francia, hacía de esta tierra una tierra sagrada, inacabable; el que la violase estaba seguro de morir. La cuestión de la guerra estaba resuelta de antemano. La Francia era demasiado fuerte para el mundo.



## CAPITULO XIX

**La Convención.—La Gironda y la Montaña (Septiembre-October del 92).**

Divisiones de la Comuna.—Constituyen el mayor peligro para Francia.—Acusaciones mutuas de los dos partidos, igualmente injustas.—Desconfianzas mutuas de París y los departamentos.—Apertura de la Convención 21 Septiembre del 92.—La Convención, en general, apoya desde luego á la derecha (Septiembre y Octubre del 92).—Danton y Robespierre quieren tranquilizar á la Convención (21 de Septiembre del 92).—Danton pide que se garantice la propiedad.—Abolición de la monarquía.—Primera oposición de Danton y de la Gironda sobre la capacidad del pueblo (22 de Septiembre del 92).—Acusaciones mutuas de desorganización y desmembramiento (23 de Septiembre).—Apología de Danton: sus consejos pacíficos (25 de Septiembre del 92).—Apología de Robespierre.—Apología de Marat.—Apología de la Comuna, que desautoriza á los hombres de Septiembre.

Era Francia demasiado fuerte para el mundo. Pero si se hacía la guerra á sí misma ¿lo sería igualmente? He aquí la cuestión.

Ciertamente que la nación que improvisaba un millón de propietarios; armaba tres millones de guardias nacionales, que combatía con un capital de diez mil millones podía burlarse de Europa.

El peligro capital no estaba en la invasión; no estaba en el rey, al menos por el momento.

Este se había declarado y reconocido embustero y degradado de su carácter sagrado por la declaración de Varennes: «Uu rey no miente nunca.»

Francia en el 92 le creía traidor y cómplice de la invasión. En su mayoría Francia era si no republicana, antirealista por la cólera y la indignación. Desprestigiado y deshonorado el rey, estaba caído en el lodo para siempre si la misma Revolución no le elevaba por medio del patíbulo.

Si en Francia había algún peligro real, este era el cisma. Cisma religioso en el Oeste que armaba el pueblo contra el pueblo. Cisma político en el seno de la Convención entre republicanos y republicanos.

Esta Asamblea, congregada para asegurar la unidad de Francia escribiendo su nuevo credo, fué muy pronto desgarrada por el cisma y la heregía.

¿Dónde estaba el corazón de Francia más que en la Convención? Y ¿qué sería de la vida de cada ser si en el corazón mismo estaba el germen de la división? Ningún mal más cercano á la muerte.

Aun antes de tener existencia ya estaba dividida. Abría sus sesiones el 21 de Septiembre y en los días que precedieron á la apertura ya sonaban los nombres de *realistas y hombres de Septiembre*.

Desde los de la derecha á los de la izquierda se cruzaban estos epítetos mortíferos.

Se podía ver ya el río de sangre que había de costar el separar los dos bandos.

En vano Danton en nombre de la patria tendía su mano poderosa desde la Montaña á la Gironda.

Los Girondinos forzaron á Danton á que los perdiera, entregándolos á Robespierre que destruyó á Danton, que fué destruido él mismo y la República con ellos. Todos estos acontecimientos terribles van á desarrollarse con la rapidez de una piedra que cae en el abismo.

Un intervalo apenas de cuatro meses separa estas revoluciones que en otras circunstancias hubieran necesitado para desarrollarse una edad entera de la historia.

Aquí cada intervalo es un siglo. ¿Qué digo? Olvidaba el carácter extraordinario de este sueño sangriento. Allí no había ni siglos, ni años ni meses: allí el tiempo no existía.

La revolución para estar á su gusto había empezado por destruir el tiempo.

Libre del tiempo corría sin detenerse.

Lo que parte el corazón es pensar que aquellos hombres se destruyeron mutuamente sin conocerse; se desconocieron profundamente.

Si hay algo después de la muerte, ellos saben á estas horas cuan injustas fueron sus mutuas acusaciones y sin duda ninguna se han reconciliado. No es dudoso que estos grandes ciudadanos muertos tan jóvenes y que murieron para crear esta patria se han abrazado fraternalmente en la eternidad.

No, sus acusaciones no fueron merecidas. Todos fueron excelentes patriotas y ardientes amigos de Francia. Sintieron el amor fuerte, celoso, inquebrantable por la República y esto les perjudicó.

Se destruyeron porque amaron demasiado.

El tiempo ha venido á esclarecerlos y el juez inexorable, la muerte.

En la Convención no hubo un solo traidor. La República no tuvo un enemigo.

No ha habido jamás una Asamblea más noble.

El miedo y el odio influyeron en algunos de sus miembros, el interés en ninguno.

Salvo dos ó tres conocidos y castigados, los demás murieron pobres.

Aunque la violencia ó el furor les arrastrara á algunos actos reprobables, de cada uno de ellos se pudo decir lo que los suizos ante el cadáver de Zwinglio: «Tú fuiste un hombre sincero y amaste á tu patria.»

Contentémonos aquí con poner un sello sobre nuestro corazón prohibiéndole hablar.

Debemos este respeto á los hombres heroicos; no deplorar su muerte, sino hacerles un panegírico civil y digno de ellos.

Repitémoslo otra vez: las dos acusaciones fueron falsas. Los girondinos no eran realistas.

Fundadores de la República, la llevaban en el corazón. Era su esperanza y su Dios.

Ella les alentó, no les faltó, les acompañó en la carreta desde la Conserjería á la plaza de la Revolución. El último pensamiento de aquellos hombres no fué para ellos mismos sino para la República.

Los de la Montaña no eran los autores de los acontecimientos de Septiembre.

Salvo Marat y otros dos ó tres, ninguno de los de la izquierda tuvo parte.

Este partido en que estuvieron los hombres más violentos fué el que también tuvo á los defensores de la humanidad.

Los Carnot, los Cambón, los Merfin de Thienville, los Prieur y tantos otros no fueron hombres sanguinarios.

La gran mayoría de los de la izquierda desaprobaba lo hecho en Septiembre, pero creía que el castigo era imposible.

Los que, como Danton, sabían que Francia estaba sobre un volcán, comprendían que debía dedicarse á cuidar de sí misma y que tratar de castigos ó de luchas era perderse.

Pensamiento tanto más razonable cuanto que las provincias acusaban á París y le hubieran juzgado cruelmente.

Danton y la Montaña asumieron la responsabilidad y dijeron: «Somos nosotros los que hemos cometido el crimen.»

Los nuevos representantes trajeron de sus distritos el terror hacia los hechos de Septiembre.

El relato de lo sucedido había sido aprovechado por los enemigos de la Revolución coreados por los provincianos.

El odio á París hacía que se creyera todo.

Creyeron en los diez mil muertos de que hablaban los realistas.

Se decía que llevaban á las gentes de cárcel en cárcel y que había en París un lago de sangre de doce pies de profundidad.

Se exageraba también el número de muertos.

Unos hablaban de diez mil, otros de cien mil. Toda la capital había tomado parte en la carnicería.

Los convencionales llegaban á París llenos de espanto y todo les parecía sombrío y lúgubre.

La inmensa mayoría de estos representantes llegaban con el espíritu inquieto, receloso y apto para cambiarse según las diversas impresiones.

La Convención se colmovió por la emoción que vió había causado en Francia el golpe de Septiembre.

Procedía todo de la burguesía. Tenía hasta ciertos filetes aristocráticos, efecto de haber llamado á votar á los criados. Por esto los convencionales eran médicos, abogados, profesores, literatos, comerciantes. No había mas que un obrero, un cardador de lana de Reims. Estos burgueses eran gentes de bien, amigos del pueblo y menos crueles de lo que se cree.

De setecientos cuarenta y cinco individuos que componían la Convención, quinientos no eran ni girondinos ni de la Montaña. La Gironda les inspiraba aversión, la Montaña horror.

Era evidente que el triunfo sería del que supiera apoderarse de esta masa flotante de quinientos individuos que eran la Convención misma.

La moderación natural y el terror á Septiembre les llevaba á la derecha, pero un terror más grande los podía llevar á la izquierda.

Los prejuicios que ellos traían sobre París no disminuyeron ciertamente por las impresiones recogidas al pasar por calles y plazas.— Oían decir á su paso: «¿Para qué traer tanta gente para gobernar á Francia? ¿no había bastante en París?»

Estas frases escapadas de labios imbeciles entraron en la Convención y fortificaron la idea de que París quería ser rey de Francia.

Esta idea falsa, injusta é irritante para los parisienses hizo que se acogiera otra acusación contra la Gironda, la de que pretendía hacer de Francia algo parecido á lo de los Estados Unidos dividiéndola en tantas repúblicas como provincias y destruyendo así la unidad de la patria apenas establecida.

Hubo por ambas partes la misma credulidad.

Los veinte diputados de París que gobernaban la Montaña; los veinte ó veinticinco girondinos que influían en la derecha creyeron estas cosas y las hicieron creer á los demás.

Ellos se apoderaron del campo desde el primer día, se impusieron á la Convención y la gastaron en este debate fatal.

Tantas arengas y esfuerzos; tantos días terribles y tantas noches tenebrosas; la terrible lucha en que se empeñó Francia, todo vino á reducirse á un simple diálogo.

La Gironda decía á la Montaña, á la diputación de París, á Danton y Robespierre: Vosotros queréis la desorganización social para que el desorden haga necesaria la dictadura.

La Montaña á la Gironda, á Brissot, á Vergniaud, Roland: Vosotros

deseáis la desmembración de Francia en varias repúblicas federadas para que la guerra civil restablezca la monarquía.

Error en ambos bandos; error é injusticia profunda.

Si los de la Montaña no querían obstáculos que impidieran el ímpetu revolucionario que había de salvar á Francia, no por esto eran anarquistas sino que querían una república vigorosa en que las leyes fuesen obedecidas.

Los Girondinos que más tarde habían de buscar apoyo en los distritos para defender sus derechos y los de la Convención no pensaban más que solo en esto.

Ni entonces ni nunca pensaron en la desmembración de la patria. Unos y otros eran excelentes ciudadanos capaces de dar su sangre por la república.

He aquí, pues, la Asamblea reunida en la sala de las Tullerías que había servido de teatro.

Este teatrillo de corte va á contener un mundo, el mundo de las tempestades infernales, el pandemonium de la Convención.

Y cuanto más pequeño es el campo, tanto más furiosos serán los combates que en él se libren.

Todos desde el primer día sufrieron de verse tan extremadamente reunidos.

El corto espacio que separa á estos combatientes no permitirá que se pierda ningún ataque y ninguna mirada hostil.

Los unos y los otros se dispararon á quema-ropa.

Aun en los momentos de tregua se respirará allí un ambiente de odio; reinará una especie de magnetismo que oprimirá todos los pechos y turbará todas las cabezas, llenando los ojos de visiones.

Esta Asamblea tan dividida desde sus comienzos tenía no obstante un principio de unión, aquel de que había nacido: el 10 de Agosto.

Tenía este pensamiento: Que Francia era definitivamente mayor de edad; que su institutriz, la monarquía, había caído para siempre como cómplice del enemigo; que todo rey era imposible y no había más rey que el pueblo. Sobre esto no había que discutir.

Lo Convención tenía conciencia de la fuerza del movimiento y del volcán de cólera que la habían engendrado.

Cualquiera que fuera el poder que tuviera, no se presentó como soberana; no dictó un código, si no que lo propuso al pueblo.

Todo lo que de lejos ó de cerca hubiera parecido monarquía hubiera sublevado el sentimiento público.

La Convención se desentendió de Manuel que proponía honores casi reales para el presidente y aplaudió estas palabras de uno de sus miembros: «Francia ha manifestado su voluntad enviando aquí doscientos miembros de la Asamblea legislativa que han hecho el juramento de combatir los reyes y la monarquía. ¡No, no habrá nunca presidente de Francia!»

El presidente escogido por la Asamblea fué Petión; los secretarios fueron dos constitucionales, Camús y Rabaut Saint Etienne; los girondinos Brissot, Verguiaud la Source y Condorcet, amigo de la Gironda. Ni un solo hombre de la izquierda la Asamblea se inclinaba del todo á la derecha. La elección había sido dictada visiblemente por el horror hacia los hechos de Septiembre.

Este sentimiento, honroso sin duda, debió sin embargo, ¿en la



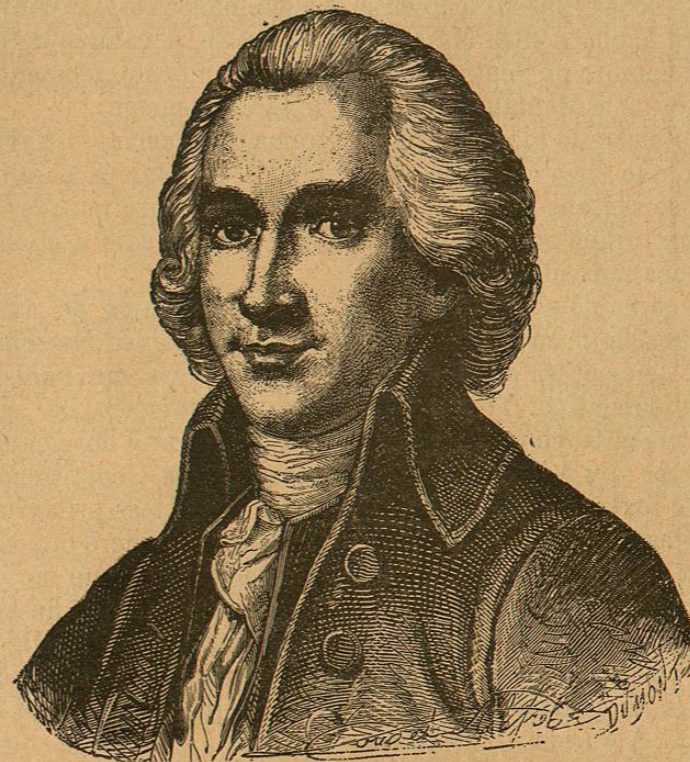
MANUEL

crisis suprema por que atravesaba Francia, haberse subordinado al interés de la nación? Sin la enérgica legión de la Montaña de cien representantes y sin el apoyo de dos jefes, Robespierre y Danton ¿era posible la salvación? Robespierre, la gran autoridad moral de las innumerables sociedades jacobinas; Danton, la gran fuerza, el genio político, que tenía en sus manos los hilos de la diplomacia y los de la policía, negociando de una parte la retirada de los prusianos y de otra la prisión de los realistas del Mediodía y de la Bretaña.

La gran mayoría de la Convención no veía esto. Estaba dominada por el recuerdo del fúnebre acontecimiento, por la estima que inspiraba

la Gironda, por sus celos de París y la diputación de París y por la aversión y el estremecimiento nervioso que le causaba la Montaña. Por un movimiento instintivo y sin darse cuenta el centro apoyaba la derecha. Desde allí miraba constantemente y como fascinado á la terrible Montaña sin poder apartar los ojos.

Veía en aquellos bancos la famosa Comuna representada por sus miembros más violentos y con su comité de vigilancia de tristes recuerdos. Los jefes de la Montaña no eran tipos para tranquilizar. La figura



GREGOIRE

inquisitorial de Robespierre enfermizo, ocultando sus ojos bajo las gasas era la de una esfinge rara que miraba sin cesar á su pesar y que sufría mirando. Danton, con la boca torcida, medio hombre y medio toro, con su fealdad extraordinaria metía miedo, dijera lo que dijera, su voz y sus gestos parecían los de un tirano. Este grupo sombrío donde estaba representada toda pasión violenta tenía en su cima una corona grotesca, una visión terrible y ridícula, la cabeza de Marat. Escapado de su bodega, sin costumbre de ver la luz, este personaje extraordinario de cara bronceada no parecía de este mundo. El notaba el asombro de los sencillos y se gozaba en él. Con la nariz levantada, vanidoso y embriagán-